

# LA CIUDAD DE LOS LUGARES POSIBLES

Colección Janus



LA CIUDAD DE LOS LUGARES POSIBLES

© 2022, Editorial Hermenaute

© 2022, Gino Bailey Bergamin

© 2022, Felipe Espinosa Parra

1.<sup>a</sup> edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-123269-4-9

Depósito legal: B 2990-2022

DISEÑO DE CUBIERTA: Marta Torres

FOTOCOMPOSICIÓN: Printcolor

Impreso en Santa Perpètua de Mogoda, Barcelona

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera ni por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluido fotocopia, filmación o a través de cualquier otro sistema, sin la autorización expresa de los titulares del *copyright*.

[www.hermenaute.com](http://www.hermenaute.com)

# LA CIUDAD DE LOS LUGARES POSIBLES

Gino Bailey  
Felipe Espinosa





## Índice

Prólogo. **Distancia y proximidad. Geografías del confinamiento**, 7

Glosario, 19

Introducción, 21

### **Comenzar a caminar, 23**

Una breve historia de las ciudades, 29

Lugares, *topos* y *locus*, 37

Espacio, *spatium* y *chorus*, 41

La cultura como posibilidad, 43

### **I. Mitologías del territorio y del lugar, 49**

Los lotófagos o quienes viven en el territorio, 52

El Minotauro y el modelo laberíntico, 57

El estado de la naturaleza en la Modernidad, 62

El espacio heterotópico de la Modernidad, 66

### **II. Modelos espaciales y la imagen-mundo, 75**

La imagen premoderna del mundo, 82

El territorio de la geodesia, 88

La imagen-mundo y la simulación, 90

Los *Grands Travaux* en París, 94

El margen o lo residual en la ciudad moderna, 98

### **III. El paisaje de los lugares, 105**

*Popol Vuh* y el lugar de las formas posibles, 110

La toponimia o la onomástica geográfica, 113

Campo y ciudad: genealogía de la separación, 117

El paisaje renacentista, 123

El paisaje en la Modernidad, 128

El paisaje americano, 133

#### **IV. Vida y ciudad, 143**

El espíritu de la vida metropolitana, 149

La ciudad sentimental, 156

La ciudad y los sentidos, 160

Lugares de significación: muros y artefactos urbanos, 165

Lugares de significación: parques y plazas, 170

Lugares de significación: ferias y mercados, 172

La subsistencia del lugar en la imagen moderna, 175

#### **V. Control y tecnologías de la ciudad utópica, 181**

Sitios de exilio y excepción, 186

La ciudad onírica y las tecnologías de control, 195

El espacio mediático y la arquitectura comunicativa, 199

Monumentalidad y planificación urbana, 203

Zonas culturales y distritos artísticos, 209

#### **VI. Economía y espacio: vivir en la imagen del mundo, 217**

Lo anticipatorio en la forma de ciudad: *urbs, civitas* y *polis*, 219

Las ciudades de los Balcanes, 225

El modelo ontológico anticipatorio del espacio, 230

Las clases sociales y los barrios obreros, 237

El lugar como crítica a la economía del valor, 249

#### **VII. Catástrofe, globalidad y el retorno a los lugares, 257**

Ciudad global y crisis de la metrópolis, 262

Desplazamientos, redes y ciudades inteligentes, 268

El retorno al lugar..., 275

... los lugares posibles, 281

Bibliografía, 291

Prólogo

## DISTANCIA Y PROXIMIDAD. GEOGRAFÍAS DEL CONFINAMIENTO

Cuando llega a mis manos el libro de Felipe y Gino, hace ya dieciocho días que estoy confinado en casa. El gobierno español declaró el estado de alarma el pasado viernes 13 de marzo; desde entonces, la mayor parte de la población está confinada. Según los expertos, la única forma de evitar el contagio de la pandemia de la COVID-19, dado que no hay ninguna vacuna probada, es el aislamiento social. Solo se puede salir de casa para comprar productos de primera necesidad y, cuando se sale, se debe mantener una *distancia* mínima de dos metros con los demás. El virus se transmite por contacto directo con las secreciones respiratorias de una persona infectada; más allá de los dos metros, parece que aquellas pierden su capacidad de contagio, incluso si se tose<sup>1</sup>. Los virólogos tienen sus razones; la medida está justificada; la salud pública, en estas circunstancias, es sin lugar a dudas prioritaria. Y sin embargo, ¿no es esta «distancia social» un claro ejemplo del argumento central del libro de Gino y Felipe, a saber, que el espacio se ha convertido en el modelo geográfico por excelencia, un modelo que ha reducido el mundo, incluso el mundo social, a una unidad de medida universal y estándar?

---

1 Nota del editor: Si bien esta era la teoría al principio de la pandemia, actualmente, la evidencia disponible apunta a que la transmisión también tiene lugar a través del aire, sobre todo en interiores. (Greenhalgh, 2021).

Hoy en día utilizamos la palabra *espacio* de muchas formas, pero en su origen tenía un significado muy preciso. Hasta el siglo xvii, cuando pasó del latín al francés, *espacio* era una palabra culta que designaba el intervalo cronológico o topográfico que separa dos puntos de referencia. Era solo una medida de distancia métrica. El espacio debía ser medible. Hoy en día, su definición de diccionario aún nos remite a la geometría clásica, que tenía por objeto la medida de la Tierra; el cálculo de la distancia lineal entre dos puntos de su superficie. Por eso la geometría es la base de la cartografía científica. Sin embargo, el espacio que esta cartografía representa, incluso el espacio que los mapas permiten proyectar, organizar y planificar, tiene ciertas particularidades. La más significativa de las cuales es la abstracción.

El espacio es abstracto porque no tiene en cuenta las «rugosidades» del lugar, como diría el geógrafo Milton Santos; es decir, sus herencias y características ambientales, sociales y culturales<sup>2</sup>. Todos sabemos que sobre un mapa es fácil calcular la distancia exacta entre dos puntos. Pero somos conscientes de que el tiempo de recorrido de esta misma distancia depende de las características del lugar. Decimos que la distancia es relativa en función del medio de transporte, el tráfico, el estado de las carreteras y los caminos o la pendiente. No nos movemos por un espacio liso, homogéneo o continuo. Además, nuestra percepción y experiencia del entorno solo se puede asimilar de manera parcial a la dimensión abstracta y métrica del espacio. Porque somos un cuerpo físico y sensible y, además, porque nuestro cuerpo es también un cuerpo cultural, en el sentido en que hemos aprendido a comportarnos y a movernos de una manera y no de otra. El cuerpo es un lugar. Con él construimos lugares, no espacios.

Solo cuando se ha reducido el mundo a su representación cartográfica, cuando el «modelo espacial», por utilizar la expresión de Gino y Felipe, ha colonizado buena parte de nuestro imaginario geográfico y social, solo entonces las autoridades sanitarias pue-

---

2 Santos, 2000, p. 38.

den sugerir una «distancia social» de dos metros entre personas para evitar el contagio. Si se interpreta al pie de la letra, una medida así solo se puede llevar a cabo en un espacio abstracto donde los sujetos son puntos geométricos, coordenadas geográficas. En *La ciudad de los lugares posibles*, sin embargo, la ciudad que describen los autores de este libro —es decir: la ciudad que todos conocíamos y vivíamos antes del Gran Confinamiento—, no es fácil poner en práctica estas medidas sanitarias. Porque está hecha de rugosidades, de herencias territoriales y socioculturales. ¿Cómo mantener esta misma distancia universal y uniformizada en todas y cada una de nuestras interacciones, si estas son singulares e incommensurables entre sí y, además, se producen en lugares distintos? Es cierto que en la ciudad topamos con desconocidos y que con ellos es más fácil mantener nuestro «espacio»; pero también es el lugar de los encuentros amistosos, familiares, cordiales y fortuitos. En estos encuentros, ¿cómo *abstraerse* de nuestros sentimientos, deseos, afectos, hábitos, memorias e identidades?

En estos días me sucede algo extraño. Si tengo que salir a la calle para comprar, prefiero no encontrarme a nadie, sobre todo si es alguien conocido. Porque no me veo capaz de mantener la «distancia social» de dos metros. Sé que lo haré, que tengo que hacerlo; pero la situación me resulta incomoda. Intuyo que no soy el único. Observo movimientos erráticos, inseguros, esquivos y frágiles a mi alrededor. Sombras y fantasmas. Vecinos que aceleran el paso, peatones que cruzan antes la calle, trayectorias sin sentido. Imagino que, como yo, lo hacen para no afrontar los encuentros cotidianos sin el recurso a las pautas de interacción habituales. También yo soy incapaz de anticipar, interpretar y desarrollar con habilidad la nueva dramaturgia urbana del momento.

Además de mascarillas, necesitamos un nuevo manual de microsociología, un nuevo Erving Goffman que nos dé *guiones* para relacionarnos en público otra vez de forma fluida, armoniosa y cooperativa. La necesidad de mantener este espacio artificial y abstracto de dos metros entre personas, por otro lado imprescindible para estabilizar la pandemia, introduce en nuestras relaciones diarias lo

que Goffman llamaba una «nota discordante». Si en una situación de interacción se rompe el marco o la definición común de cómo comportarse (por ejemplo, la proximidad con el otro en función del grado de familiaridad, confianza o intimidad), entonces cada uno de los «participantes» de la interacción puede sentir cierto malestar o desconcierto. Esto explica mi extrañeza y confusión<sup>3</sup>.

Fijémonos ahora en otro ejemplo de cómo el «modelo espacial» —un modelo que según los autores sustituye «silenciosamente» la singularidad de los territorios por esquemas de pensamiento y acción abstractos, lineales y geométricos— influye sobre nuestra imagen del mundo. En un artículo muy interesante, el escritor y físico Paolo Giordano explicaba a finales de febrero por qué eran tan importantes las matemáticas a la hora de prever el contagio del SARS-CoV-2. Para empezar, decía, debemos dividir a la población en tres grupos. El primer grupo es el de las personas susceptibles de contagiarse (S); después, el grupo de los infectados con el virus y que pueden transmitirlo (I); y, por último, aquellos que ya han sido infectados pero que se han recuperado y que no lo transmiten (R). Además es necesario conocer el número de personas (S) que, de media, un infectado (I) puede contagiar y que depende de cada virus. Este número se conoce como  $R_0$  y en el caso del SARS-Cov-2 es igual a 2,5 (es decir, cada infectado, en general, contagia a dos personas y media). Si este número  $R_0$  es inferior a 1, la difusión del virus se detiene sola. Pero si es superior, existe el riesgo de epidemia. La mayor o menor velocidad de propagación de esta, sin embargo, depende de otra variable: el tiempo que transcurre desde que una persona es infectada y esta misma persona puede contagiar a otra; un período que en el caso del coronavirus es de siete días, según Giordano. Pues bien, todas las medidas que se están llevando a la práctica, todo el distanciamiento social, tienen como objetivo reducir al máximo el valor de  $R_0$ .

Sorprende que esta explicación solo tenga en cuenta la variable temporal. Algo que contradice las medidas espaciales y arquitect-

---

3 Nizet, Rigaux, 2006, p. 32.

tónicas que han adoptado los diferentes gobiernos (además de la famosa «cuarentena»). Sin embargo, si hacemos una lectura geográfica similar a la que hacen Gino y Felipe a la largo del libro y que ellos aplican a los mitos antiguos (el Minotauro, por ejemplo), a las obras literarias (la *Odisea* o *El Mago de Oz*, entre otras) o a distintas culturas urbanas y territoriales (aymara y kawésqar, por citar algunas), podemos observar que el argumento de Giordano presupone *silenciosamente* el «modelo espacial». En realidad, la descripción del autor italiano dice lo siguiente: en condiciones ideales, es decir, si una población dada se distribuyera de forma homogénea —y eso solo es posible si el espacio fuera igualmente homogéneo—, entonces el valor de  $R_0$  sería 2,5. No es casualidad que Giordano utilice la metáfora de los bolos: «Un bolo solitario, el famoso paciente cero, se lanza y golpea a dos bolos. Cada uno de estos bolos golpea otros dos más, que a su vez golpean a otros dos, etcétera»<sup>4</sup>.

El problema es que estas condiciones solo existen idealmente. Si el espacio fuera liso, y la población  $S$  fuera como los bolos, es decir, si todos tuviéramos las mismas propiedades (sujetos desclasados, sin género o sin edad), el valor de  $R_0$  sería constante. Pero nuestras ciudades, nuestros territorios y nuestros paisajes son ciudades, territorios y paisajes complejos, relacionales, laberínticos; cualidades todas ellas descritas por Gino y Felipe. Por eso desconfiamos de algunas afirmaciones que dicen que el «virus no distingue entre personas» o incluso que el virus «no entiende de territorios», como dijo al principio de la pandemia el mismo presidente del gobierno español. En cambio, la filósofa Judith Butler ya había advertido días antes, en un artículo en el que criticaba el intento del presidente de los Estados Unidos de comprar los derechos exclusivos de la vacuna que está ensayando el laboratorio alemán CureVac, que el virus por si solo no discriminaba, pero que los humanos sí lo hacían<sup>5</sup>. Ahora empezamos a verlo.

---

4 Giordano, 2020.

5 Butler, 2020.

¿Por qué, por ejemplo, el departamento de la región de París más castigado y con un índice de mortalidad más elevado debido al SARS-CoV-2 es la *banlieue* del Seine-Saint-Denis? Según informa Stefano Montefiori, una de las causas es su estructura urbana, con bloques de viviendas construidos durante los años sesenta y con espacios comunitarios mal diseñados, hecho que hace difícil evitar los encuentros entre vecinos. Además, todavía es uno de los departamentos más pobres del país y muchos de sus habitantes no pueden teletrabajar; la mayor parte de su población adulta son trabajadores pendulares que cada día cogen el transporte público para ir al centro de París, muchas veces sin la protección necesaria (guantes y mascarilla). Por ello, Montefiori concluye: «Si bien es cierto que el virus puede infectarnos a todos, desde el primer ministro británico al jubilado, su letalidad podría depender también de las diferencias de clase»<sup>6</sup>.

Lo mismo sucede en los Estados Unidos. Aunque no existan estudios concluyentes, de momento todo indica que en este país la comunidad afroamericana está siendo la más castigada por la COVID-19. Factores de riesgo previos relacionados con la pobreza, la segregación y el menor acceso al sistema de salud, así como unas condiciones laborales más expuestas al contagio, podrían explicar por qué en ciudades como Chicago, por ejemplo, a pesar de que la población afroamericana no llega al 30% de la población, a principios de abril más del 50% de los infectados fueran de esta comunidad, así como más del 70% de las muertes por la COVID-19<sup>7</sup>. En estos dos casos —París y Chicago—, vemos que la difusión del virus no se produce en un espacio liso y homogéneo, sino en un territorio rugoso. Y en este territorio rugoso, el virus discrimina según grupos sociales. Pero también por razón de género. Aunque en este caso las cifras y los estudios deben leerse con cautela, a finales de marzo, en Catalunya, la tendencia indica un mayor contagio del virus entre las mujeres, sobre todo en la franja comprendida entre

---

6 Montefiori, 2020.

7 Pérez, 2020.

los veinte y los cincuenta y nueve años de edad. En este caso, el porcentaje más grande de mujeres que trabajan en el sector sanitario, en las residencias para ancianos, en los servicios sociales y en general en aquellos colectivos profesionales que se dedican a las curas de personas dependientes, explica la desigual afectación del virus.

Hemos mencionado París y Chicago; no es ninguna casualidad. Estas ciudades son importantes en el gran relato que Gino y Felipe han tejido sobre el origen y la transformación de nuestras culturas geográficas y urbanas. Me gustaría, sin embargo, relacionarlo una vez más con la situación actual. Durante la segunda mitad de siglo XIX, sin ir más lejos, la reforma urbana del barón Haussmann cambió profundamente la morfología de la Ciudad de las Luces. Ejemplo brutal no solo de cómo el modelo espacial puede hacer *tabula rasa* de los lugares preexistentes para dar prioridad a la movilidad y al orden, sino también de cómo los criterios médicos, higienistas, han influido en la construcción de las ciudades. Incluso si estos criterios, aunque bien intencionados, a veces han servido para legitimar proyectos económicos y políticos, más que humanitarios.

Al mismo Ildefons Cerdà, por citar un ejemplo más cercano, artífice del Ensanche de Barcelona, le preocupaban mucho las condiciones de salubridad de la ciudad; por eso su diseño urbano pretendía mejorarlas. Y más o menos en la misma época, Friedrich Engels, que difería de Cerdà en muchos otros aspectos, compartía sin embargo su preocupación por la salud pública de las ciudades industriales. Por eso escribió, en el prólogo a una nueva edición de su estudio sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, publicado originalmente en el año 1845, que «los repetidos episodios de cólera, tifus, viruela y otras epidemias han mostrado al burgués británico la necesidad urgente de sanear sus pueblos y ciudades para salvarse a si mismo y a su familia de ser víctimas de esas mismas enfermedades»<sup>8</sup>.

En este punto podemos decir que los virus y las epidemias no son simplemente «antiurbanos», como recientemente manifestaba

---

8 Nel-lo, 2019, pp. 43-57.

un crítico cultural. Estamos de acuerdo en que las consecuencias del SARS-CoV-2, sobre todo el «distanciamiento social», contradicen nuestro deseo de relacionarnos, de interactuar, de vivir de forma colectiva la ciudad; y que para que nuestros sistemas urbanos puedan funcionar, entre ellos los sistemas de sanidad, la densidad y la aglomeración son más necesarias que el aislamiento o la dispersión urbana<sup>9</sup>. Pero desde el punto de vista del virus, su lógica es claramente urbana. Desde el origen de las ciudades, tan bien explicado por Gino y Felipe, los agentes patógenos han encontrado en ellas un entorno ideal para reproducirse. En este sentido, puede que no seamos tan distintos de los murciélagos, reservorios naturales de algunos coronavirus en los últimos años.

Mientras los grupos humanos de cazadores-recolectores vivían de forma relativamente aislada y en pequeños grupos, el contagio a gran escala era difícil. Con la transición neolítica y el surgimiento de los primeros asentamientos urbanos, densos y permanentes, se multiplicaron los casos de zoonosis y de epidemias. Especialmente debido a la domesticación de animales que pueden actuar como huéspedes de amplificación o intermediarios (caballos, perros, gatos o camellos)<sup>10</sup>. Tampoco hay que olvidar que las ciudades han tenido siempre una función comercial: el mercado, dicen con razón Gino y Felipe, es uno de los «lugares de significación» de las ciudades. Pues bien, sabemos que el «detonador» del *spillover* del SARS-CoV-2 fue un mercado de pescado de la ciudad de Wuhan, en China.

Es interesante observar aquí cómo una tradición local, los *wet markets*, mercados donde se venden animales salvajes y que fueron el origen del SARS-COV del 2003-2004 (motivo por el cual el gobierno chino prohibió temporalmente la venta de más de cincuenta especies de estos animales), puede tener la repercusión global que estamos viendo<sup>11</sup>. Su lógica, en este sentido, se acerca mucho a la «sincronicidad» de la que hablan Gino y Felipe para

---

9 Kimmelman, 2020.

10 Modeo, 2020.

11 *Ibidem*.

referirse al funcionamiento actual del mundo. Sea como fuere, el virus es del todo urbano: en las ciudades encuentra un medio donde poder reproducirse de forma eficaz; a su vez, los urbanistas reaccionan planeando y diseñando sus casas, sus calles y sus plazas para mitigar los contagios. Pero la relación entre los virus y la ciudad tienen otra dimensión: la extranjería, la intrusión.

Para hablar de ello debemos volver a Chicago. Durante el primer cuarto del siglo xx, esta ciudad fue el «laboratorio» de un conjunto de estudios urbanos realizados por autores de diversas disciplinas y que actualmente reciben el nombre de la Escuela de Chicago. Algunos representantes de dicha escuela, como Albion Small, George Herbert Mead y Robert Ezra Park, estaban a su vez muy influenciados por la sociología de Georg Simmel, cuyos conceptos de «paisaje» y «metrópolis» como algo «espiritual» y «mental», más que físico, resuenan igualmente en las páginas de *La ciudad de los lugares posibles*. Una ciudad que, como todas las ciudades, tiene una relación intensa con lo extranjero, con aquello que viene de fuera. Por eso Simmel se halla tan presente en el texto de Gino y Felipe.

El sociólogo berlinés hizo del forastero una de las «formas sociológicas» más expresivas de la modernidad urbana. El forastero, dice Simmel, no es simplemente el que «hoy viene y mañana se va», como hacen hoy en día los miles y miles de turistas que vistan las ciudades; el forastero, más bien, es el que «hoy viene y mañana permanece»; el que, siendo de otro lugar, se queda sin embargo en el lugar de destino. Por eso su característica principal es la unidad, la síntesis, entre proximidad y distancia: «el extranjero significa cercanía de lo lejano». Igual que los pobres o los distintos «enemigos internos» (y recordemos que la situación actual se ha descrito como «guerra civil», lucha contra un «enemigo invisible», y los militares han vuelto a salir a las calles), el forastero forma parte del grupo y, al mismo tiempo, está excluido de él. Una situación que tiene sus ventajas, como veremos al final. Antes, me pregunto si esta descripción nos sirve en tiempos de la Covid-19. ¿Quién es hoy en día, en efecto, el extranjero? ¿Quién puede ser forastero en

la ciudad confinada de los lugares posibles? Al responder, me acuerdo de un ensayo del filósofo Jean-Luc Nancy<sup>12</sup>. Me apoyo en él para darle un sentido positivo a la situación actual.

Diez años después de que le hicieran un trasplante de corazón debido una cardiopatía, Nancy escribió *El intruso*. Dice que el corazón que ha recibido, que le ha llegado de otra parte y desde fuera, que le ha salvado la vida, lo convierte sin embargo en extranjero de sí mismo y de los demás. El corazón del otro es el intruso, cuerpo extraño y, al mismo tiempo, una vez trasplantado, órgano interno, íntimo, vital. «Es indispensable que en el extranjero haya algo de intruso», apunta. Por eso, también los virus nos hacen extranjeros. En su caso, y debido al debilitamiento de su sistema inmunitario por los tratamientos de la operación, los virus se le despiertan después de recibir al intruso: «extranjeros dormidos en mí desde siempre». Y concluye con una afirmación rotunda: «El intruso me expone excesivamente»; «soy la enfermedad y la medicina»<sup>13</sup>.

Releyendo su testimonio, me doy cuenta que el SARS-Cov-2 nos hace a todos extranjeros. El virus es el intruso que me «llega de otra parte» y que, al mismo tiempo, se coloca lo más cerca de mí, en el interior de mi cuerpo. Y «me expone excesivamente» porque, aunque no esté contagiado, siempre existe la posibilidad que lo esté sin saberlo y eso genera desconfianza, vulnerabilidad ante mí y ante los otros. Soy la enfermedad. Por eso, cualquier día me puedo levantar y encontrar que alguien ha escrito «rata contagiosa» en la pared de mi casa. El mismo Simmel advirtió del peligro de deshumanizar y estigmatizar al forastero, al intruso. Pero también, y de forma paradójica, a tenor de las miserias y los dramas actuales de los inmigrantes, de las ventajas de su posición. Debido a su lugar en la sociedad, su particular síntesis de proximidad y lejanía, una de las características del forastero es su mayor objetividad y, por lo tanto, según Simmel, también su mayor libertad. El forastero es el individuo más libre porque «considera las circunstancias

---

12 Simmel, 1988, pp. 318-339.

13 Nancy, 2006.

sin ningún prejuicio, las mide conforme a ideales más universales, más objetivos, y en sus acciones no se siente ligado por la costumbre, la piedad o los antecedentes».

Aunque ahora la pandemia signifique dolor, pérdida, soledad, desconcierto y cansancio, tengo la frágil esperanza de que también nos haga más libres, más extranjeros. Eso significa poder observar el mundo, la realidad, con la mirada del forastero. Para que cuando se termine el confinamiento, más que recuperar la normalidad-de-siempre, seamos capaces de construir una normalidad alternativa, sin prejuicios, con ideales más universales y sin las malas viejas costumbres ni los mismos antecedentes que nos han llevado a la situación actual. Especialmente en relación con nuestros sistemas ecológicos, nuestras ciudades y nuestros paisajes, que es, en definitiva, lo que reclaman Gino y Felipe en el libro que nos han legado, a pesar de nuestra lejanía-proximidad.

Bernat Lladó Mas

Geógrafo

Sabadell, abril de 2020